

tro Mohammed-Elmahady, Alhamar, El-Nazir, y Abuhadjad, los Ismael-Farady, los Benhud, los Muley-Hazen, brillaron en los tronos Moriscos; los de los Castellanos mostraron con orgullo los tres Alfonsos, el Noble, el Batallador y el Vengador, Sancho el Fuerte, y Sancho el Bravo, San Fernando de Castilla, valiente y piadoso como nuestro Luis IX, del cual era primo hermano, Jaime I y Pedro II de Aragón, dos reyes caballeros, el profundo Fernando y la viril Isabel.

Del lado de los moros los impetuosos Abencerrajes y los fieros Zegríes, del lado de los castellanos los caballeros de Calatrava y de Alcántara, entre las filas de los primeros, el Gran Almanzor con el cual pereció también la fortuna de los Árabes, en la batalla de Medina-Celi; los Malik, los Mahomet Ali, los Gazul, los Almoradi, los Muza, los Abenazis, los Reduan, y los Albayaldos; en las filas opuestas Bernardo del Carpio, los *buenos* Guzmanes, los *afables* Mendozas, los *terribles* Manriques, los *graves y austeros* Toledos (la posteridad les ha conservado estos gloriosos sobrenombres), un Alfonso de Guzmán, nuevo romano, que prefiere ver rodar á los piés de las murallas de Tarifa la cabeza de su hijo prisionero de los Musulmanes que entregarles la ciudad confiada á su custodia; un Gómez García, el defensor de Jerez, que habiendo quedado el último de su guarnición exterminada por los sitiadores, peleaba todavía y recibió los homenajes del ejército enemigo; el viejo Girón Tellez, gran maestro de Calatrava, los Gonsalve y los Fernando de Córdoba, los Ponce de León, los Alonso de Aguilar, los Juan de Chacón, los Lara, los Núñez, y el gran maestre de Alcántara, Martinho Barbuda, que hizo frente con sus trescientos caballeros á un ejército de cincuenta mil moros, les mató miles de soldados y pereció con todos los suyos. Entre esta muchedumbre de héroes se ve con interés á algunos franceses que su celo por la fé, el espíritu caballeresco y la fama de los moros, les condujo á las filas españolas.

Dos príncipes de la sangre de Francia, Raimundo y Enrique de Borgofña, cuyo hijo Alfonso Enrique fué el vencedor de los Campos de Ourique, y el fundador del reino de Portugal; el célebre Raimundo de San-Gilles, conde de Tolosa, y otros varios caballeros.

Pero entre estos guerreros, y por encima de todos, apareció en el siglo XI la gran figura del Cid, héroe que no tuvo igual en esos tiempos de heroísmo, y el mejor carácter de las edades caballerescas; el terrible *Campeador*, cuyo nombre despierta todas las ideas de ternura y de valentía, irreprochable *en guerra, en amor, en amistad*, y que nuestro gran Cornelio no le ha hecho más grande de lo que el es en la Historia; soldado sin mando y sin títulos cuya lanza levantaba ejércitos, conquistador sin otra misión que su valor y su ira contra los enemigos del nombre castellano.

Hubiera podido en el profundo desorden de la anarquía feudal, hacerse rey del hermoso territorio de Valencia, que había sometido, y donde no quería reconocerse más autoridad que la suya; pero permaneció fiel y servidor sin más pasión que una: su Dios, la gloria, sus reyes y su Jimena, porque todas sus afecciones se confundían en una sola. Víctima y juguete de la ingrátitud de dos reyes, no perdió su virtud, siempre fué el defensor obstinado, el salvador y el apoyo más firme de su trono. Descendía de la raza de los Vivar, que los antiguos castellanos, muy aficionados á los apodos, habían llamado *Testarudos*, cabezudos, enteros.

En efecto, el Cid tenía una franqueza inexorable, y la verdad tenía para él tal precio, que era preciso sacrificarlo todo. Guerrero sublime y cortesano poco hábil, pasó algunos días de su larga y gloriosa vida en la corte; el resto en los campamentos. Perseguido por los envidiosos, y desterrado del reino de Castilla, vengaba en los moros sus contratiempos. Esta alma grande se mostró superior á la fortuna, á la desgracia, al favor mismo, porque el Cid hizo uso de ella sólo para dar severas lecciones, que siempre le perdían, y se vengó de la desgracia con nuevas victorias en provecho de sus dueños; mandando al pie de su trono estandartes cogidos á los musulmanes, ó las llaves de veinticinco ciudades, y enjambres de cautivos, les pedía el arrepentimiento y la paz.

«El mejor de los hombres, dicen los historiadores nacionales, el más resuelto de todos los guerreros, el más fiel amigo de su patria, el enemigo más inflexible de los traidores, el más pobre y el más noble consejero de sus reyes.» Los castellanos

le llamaban la Flor de las Batallas, y los moros el Cid Cruel. Y le hubieran calumniado, si con estas palabras hubiesen entendido otra cosa que su terrible luchar en las batallas; después de la victoria, el Cid era el más clemente, el más moderado y el más generoso de los hombres. Los moros fueron dignos de combatir con el gran Cid: como guerreros, es su mejor elogio. Nuestros lectores encontrarán en el *Précis historique* que precede al *Gonsalve* de Florián, largos é interesantes detalles sobre el reinado borrascoso de los musulmanes occidentales, sus fases de grandeza y de decadencia hasta su regreso á África. Ni la literatura árabe ni la española poseen un cuadro tan bien hecho: es lo más completo que tenemos en nuestro idioma. No se conocía todavía todo el talento de Florián. En el *Précis* desarrolla más elevación, más fuerza, más calor y un juicio inesperado. Se nota una cabeza capaz de abrazar un vasto argumento, dispone bien las masas, estrecha los detalles y les da buen colorido, digno, en fin, de escribir la historia, y en todo el *Précis* se encuentra elegancia y siempre gracia. Este discreto escritor ha señalado muy bien las causas generales de la ruína de los moros, pero entendemos que ha descuidado algunas de ellas y no ha profundizado bastante otras. Después de un dominio de ocho siglos ó poco menos, la grande y terrible ley de la decadencia, que es la verdadera fatalidad de los imperios, se había manifestado en los musulmanes de España por caracteres lentos y sucesivos, pero profundos y seguros. Desde algún tiempo la influencia de este hermoso cielo, las delicias de este dulce clima, habían empezado la venganza de los indígenas suavizando las bravas costumbres de estos extranjeros. En los primeros, el entusiasmo religioso estaba siempre en su más alto grado de exaltación, entre los segundos se había entibiado. Ya no eran aquellos tiempos de fervor y celo en que el emir Akhbé, después de haber conquistado al Islamismo todas las regiones del África Occidental hasta las orillas del Océano, precipitaba su corcel á las olas y blandiendo su cimitarra exclamaba con un entusiasmo digno de los primeros compañeros del Profeta: «¡Tú lo ves, gran Allah! Sin este mar que me detiene iría á hacer adorar tu nombre á las nuevas naciones...» Los moros no habían violado impunemen-

te la sagrada ley de la clausura de las mujeres: cuando estas huríes terrestres aparecieron en la sociedad, el dogma religioso fué destruído en sus bases y el Koran dejó de ser el libro divino, la regla irrecusable. Una innovación tan atrevida, pero tan dulce, les hizo salir violentamente de sus costumbres, y de estas costumbres primitivas, fueran ellas relativamente buenas ó malas, dependen siempre el carácter y la fuerza de una nación dedicada á las armas.

Este relajamiento condujo y excusó otras corrupciones de costumbres, las antiguas máximas se perdieron, y la venerable autoridad de las tradiciones cayó en el menosprecio. El filósofo digno de este nombre, sabe perfectamente que hay preocupaciones, cuyo misterioso poder es el alma y la existencia toda de los pueblos. Los moros de España perecieron porque dejaron de ser verdaderos moros convirtiéndose en mestizos, medio africanos, medio europeos. Luego se verá en la conducta de los Abencerrajes, tan opuesta á la de los Zegríes, un ejemplo funesto de este relajamiento del resorte religioso, que no otros vemos como la causa principal de su ruina. Las grandes jornadas de Medina-Celi, de Tolosa, de Salado, tan gloriosas para los sucesores de Pelayo, habían enseñado á los descendientes de los Abderraman que no eran invencibles. Cada uno de estos desastres fué señalado por la caída de uno de los tronos moriscos. Los reinos de Córdoba, de Toledo, de Valencia, de Zaragoza y de Sevilla, habían pasado sucesivamente bajo su yugo. Así perdieron los musulmanes, de batalla en batalla, todas las coronas que les había dado la de Jerez. La toma de Córdoba, en 1236, llevó el primer golpe á su fortuna y fué el más funesto; Córdoba era después de cinco siglos la llamada Ciudad Santa, la Medina de los Arabes occidentales, consagrada entonces á la veneración de los pueblos por la fama y las cenizas de cuatro Abderraman. Oreadas de peregrinos llenaban el santuario de su magnífica mezquita, venían también de Marruecos, de Fez, y de todas las comarcas de Africa situadas en el Atlas del lado de acá, siendo esta peregrinación tan meritoria como la de la Meca. Este monumento célebre que había levantado la piedad y la política de los Califas de Occidente, se miraba como un

Palladium al cual la multitud adhería los destinos del Imperio; fué conquistado y profanado por los infieles, el estandarte de la cruz ondeó encima de sus altos minaretes, Córdoba se hizo cristiana y este acontecimiento consternó á los moros; les pareció un golpe de la fortuna, una sentencia de la fatalidad, y este dogma terrible que en los felices días de la juventud de las naciones las precipita hacia las grandes cosas, las excita ó las reduce á una tranquila resignación en la adversidad, fué entre todos sus puntos de creencia en el que tuvieron la desgracia de creer con más perseverancia.

El hermoso reino de Granada se había formado con las ruínas de cinco monarquías florecientes, había recogido gran parte de su herencia, y sobre todo se había enriquecido con los restos, todavía numerosos, de esas valientes tribus que habían sucumbido bajo el influjo español. Granada adquirió mucha fuerza por estas preciosas ventajas y se ve que se hizo respetable desde que nació, pero al mismo tiempo tuvo un principio de debilidad, por haber recogido también todos los gérmenes de las facciones. Diseminadas en otros tiempos sobre un vasto territorio, debilitadas por el aislamiento de las ciudades, por la independencia de estos diversos reinos, cuyos intereses separados no podían hacerles enemigos más que por guerras puramente políticas, las facciones entraron en masa y de una vez, en los muros de una sola ciudad, con sus rivalidades de origen, de familia, de posición, sus pretensiones y sus odios, dispuestos á devorar esta última patria de los moros con una violencia mucho mayor, puesto que apretados en un estrecho recinto, se veían, se tocaban y se amenazaban de más cerca.

Al fin de algunos reinados gloriosos, entre los cuales uno solo fué pacífico (1) (duró trece años), estalló el furor de los partidos bajo débiles Monarcas. Treinta y dos familias, treinta y dos facciones disputaban el poder á estos pretendidos déspotas que eran sólo cobardes tiranos que hacían constar su existencia por algunos actos de una crueldad feroz sobre individuos desconocidos. Los fieros Zegríes, descendientes de las

(1) El de Mohamet VIII Abubadjad.

casas reales de Marruecos y de Fez, los ilustres Abencerrajes, oriundos de los antiguos Reyes de Yemen, dirigían los desórdenes. La desgraciada Granada ofreció, en fin, el espectáculo tan doloroso como bizarro de reinar tres Reyes á la vez, ó haciendo como que reinaban, en una misma ciudad. Estos fueron el viejo Muley Hazen, cuyos primeros años habían sido felices y gloriosos; el ambicioso y farsante Abdilli, su hermano, que acabó por venderse á los españoles, y el cobarde y cruel hijo del primero. Un enemigo sufrido, bravo y poderoso, estaba á sus puertas; los Reyes Católicos les quitaban todos los días ciudades y provincias, y esta energía, este valor que era para ellos una necesidad urgente, lo consumían los moros en su guerra intestina, ó lo debilitaban en sus lócos deleites tan célebres en España bajo el nombre de Delicias de Granada. El sol no se levantó ya sobre esta ciudad rendida más que para iluminar nuevas fiestas y nuevos desastres. Los Reyes, los caballeros, las damas, el pueblo todo, llevados por un inconcebible frenesí, no se satisfacían con los torneos, bailes, juegos de palos y carreras de sortijas:

Muy á menudo desafíos feroces ensangrentaban sus zambras, sus serenatas y sus amores nocturnos. La sangre corría, pero era sangre granadina. El espíritu caballeresco reinaba todavía, el reino poseía bravos guerreros, pero ni un solo grande hombre, mientras que los castellanos tenían en Isabel un gran Rey, dos políticos osados y astutos en Jiménez y Fernando, y completos militares en varios de sus principales caballeros.

Dividido este imperio debía perecer: es una de las leyes invisibles que presiden el gobierno de las cosas humanas, y cuando apareció el feliz Fernando, sostenido por la grandeza de alma de su esposa, la magnánima Isabel, única que se atrevió á no dudar de Cristóbal Colón, por la espada de Gonzalvo y por el genio de Jiménez (1), que se vanagloriaba de guiar

(1) Cuanto en esta parte se refiere al Cardenal Ximénez de Cisneros es un anacronismo, puesto que empieza á figurar mucho después de la toma de Granada, y muerto el gran Cardenal de España Mendoza, á quien debe referirse lo que se dice aquí, respecto del inexorable Franciscano.

las Españas con su cordón, encontró á Granada medio vencida por sus propios furores, y por este increíble vértigo que acabamos de bosquejar.

Jamás otro pueblo desterrado lamentó y lloró tan amargamente la pérdida de los hogares que había defendido tan mal. La Historia ha pintado con rasgos enternecedores la tristeza profunda de los moros, no los ha marchitado: se ha visto que no perecieron por cobardía; aun suponiéndolos tan prudentes y previsores como fueron valientes, sólo hubieran podido retardar algunos años el fin de su dominación. África les había indignamente abandonado, el ascendiente de los españoles se había hecho decisivo, irresistible, en fin, en la progresión de los imperios hay una fuerza de las cosas, que se mofa de todos los cálculos y oprime toda prudencia humana. La Historia ha conservado también este gran rasgo del carácter de la sultana Axa, madre de Boadillin. Desterrado para siempre de su capital lloraba á lágrima viva contemplando la magnífica ciudad desde la cima del Monte Padul: «Llorad! llorad! le decía la severa matrona, haceis bien en llorarla como una muger, ya que no habeis sabido defenderla como un hombre». Reproches muy merecidos, palabras dignas de una lacedemonia, pero muy duras en tales momentos y en boca de una madre.

La belicosa tribu de los Zegríes está cruelmente sacrificada en nuestra obra y en todas aquellas que tratan de Granada y de sus facciones soberanas. Se les representa como soldados ambiciosos, feroces en la guerra, salvajes y turbulentos en la ciudad, hombres indomables, en los cuales la fisonomía africana había conservado toda su dureza nativa, y la prueba está en que fueron extremadamente bravos y capaces por lo tanto de buscar su venganza en astucias atroces y de herir á sus enemigos por la espalda. El asesinato de los treinta y cinco Abencerrajes, urdido y ejecutado por ellos, reunió en efecto todos estos odiosos caracteres, pero ningún escritor les ha hecho la justicia de decir que nunca fueron traidores ni á su fé ni á su patria. Tampoco se les puede negar el honor de haber sido mejores ciudadanos que sus rivales en esos días de desastres.

Los zegríes se sometieron por la fuerza, y su inmensa ma-

yoría, despreciando una capitulación, que después fué indignamente violada, volvieron á pasar el Estrecho llevándose á su patria primitiva todos sus amargos recuerdos, todo su odio irreconciliable, todos sus deseos de venganza y su genio altivo. «¡Acordáos de Granada y de la fe violada!» Este fué el grito de guerra en los encarnizados combates que tuvieron con los españoles de Tetuán, Ceuta, Orán y Tánger. Hubo, pues, traidores en Granada (a imparcialidad de la Historia exige que se les nombre), los Abencerrajes. Aflige ver á estos simpáticos guerreros sobrepujados en virtud por sus feroces émulos. Tránsugas de su patria, se indignaron con ella y le volvieron las espaldas cuando estaba más oprimida, abjuraron de su fe, cambiaron sus nombres por nombres castellanos, pero el colmo de la impiedad fué el verles combatir con todo el fervor de los neófitos en las filas de sus mortales enemigos. Era imitar en todo sin justificarlo á el Conde Julián, que entregó el imperio á sus antepasados por una defección parecida á la del Conde D. Julián, cruelmente ultrajado sin duda, pero del cual la posteridad ha deslucido su memoria por haberse vengado de su país. Se ve también con pena y desagrado á la hermosa é interesante Reina Alfaíma (1) abandonar la causa de su pueblo y la religión de sus padres. Nuestro antiguo autor habla de ello con alegría y esto estaba perfectamente en el espíritu de su siglo; pero diga él lo que quiera, no podemos alabar en los Abencerrajes y en su sultana semejante debilidad y perfidia tan culpable. La honra no se conquista por tales medios; en quienes había que vengar la traición de los Zegríes, la tiranía de *Boadillin* y el execrable atentado del Patio de los Leones era en los Españoles.

Debemos justicia á estos como se la hemos hecho á sus enemigos sin duda, que tuvieron el derecho de recobrar su tierra natal cuando dispusieron de la fuerza, y ninguna guerra fué más legítima. Esta se acabó por la victoria, pero también por un tratado: tratado que garantizaba á los moros el goce apacible de sus mezcitas, su religión, sus bienes, sus jueces, sus

(1) Moraima?

costumbres... Podían disponer de sus propiedades, continuar en España ó cruzar el mar. Hay que confesarlo, una capitulación tan gloriosa se encaminaba contra el objeto mismo de la conquista, y el interés de los Castellanos, no era más que un lazo, y este lazo una bajeza, un crimen.

Lo que España hizo realmente fué poner en práctica esta ley feroz de «Desgracia á los vencidos!»

Los más arrogantes y previsores regresaron á Africa. Los que se quedaron, pronto tuvieron de que quejarse como los desgraciados habitantes del Nuevo Mundo, que Colon iba á descubrir bajo la doble tiranía de soldados y clérigos. En su desesperación corrieron á las armas. Fernando los rindió y dió el bautismo de sangre á cincuenta mil granadinos. Entonces España se desembarazó de su careta, las vejaciones y la opresión ya no tuvieron límite. Los edictos perseguidores de Carlos V y de Felipe II, acabaron de matar este pueblo infortunado. La Inquisición se apoderó de los niños y convirtió á los padres sobre las hogueras. En fin, Felipe III los echó á todos de la Península. Sabido es la hospitalidad generosa de nuestro Enrique IV hacia estos 150.000 desterrados, cuando atravesaron nuestras provincias meridionales para entrar de nuevo en Africa. ¡Extraño destino de las naciones! Pronto la misma Francia debía imitar tan fatal ejemplo y fué cruelmente castigada; pero España pagó más caro todavía esta política falsa é inhumana. Su decadencia data de la expulsión de los moros y la razón es muy sencilla, dice muy bien Florián:

«Los moros vencedores de los españoles, no persiguieron á los vencidos; los españoles vencedores de los moros, los han perseguido y expulsado.»

No ha fenecido la memoria de los valientes moros; los excesos de los castellanos los han inmortalizado menos todavía que las profundas heridas que se hicieron á sí mismos al privarse de sujetos tan preciosos; los trofeos de Carlos V, de Felipe II, no han podido cicatrizarlas.

La despoblación fué enorme y la emigración hacia el Nuevo Mundo acabó de hacer incurable esta llaga cruel; las artes cayeron en la apatía, la agricultura y la industria experimentaron un golpe mortal. Es una cosa maravillosa y digna de no-

tarse esta facilidad con que los rudos africanos se prestaron á la civilización y rapidez de sus progresos en este camino tan nuevo para ellos. Sin concederle al clima esta acción potente y exclusiva que por exajeración únicamente es uno de los brillantes errores en donde se extravió el genio de uno de nuestros más grandes hombres, no puede menos de reconocerse cuando se ve á los musulmanes salir bárbaros de la ardiente Africa, volverse en España el más galante, el más civilizado de los pueblos, volver á caer á su regreso en una profunda barbarie, sin que la forma de gobierno hubiese cambiado jamás.

En los primeros tiempos de la Conquista, cuando las costumbres eran ásperas y los resentimientos más exaltados, la guerra había sido cruel. Esta guerra fué santa: sólo se sabía odiar, combatir y morir. Poco á poco los moros salvajes se civilizaron en la paz, ó mejor dicho, en las treguas. Moros y españoles se temían, se vieron sin ir armados, y cuanto más se trataron más aprendieron á estimarse y admirarse. Las Cortes moriscas y castellanas se invitaban mutuamente á sus fiestas; las dos naciones se mezclaban en los torneos, donde cada partido competía en elegancia y destreza, en lujo y galantería, y en hospitalidad sobre todo; el moro nacía, por decirlo así, con esta noble virtud; era uno de los grandes rasgos de estas costumbres patriarcales que habían heredado de sus antepasados los árabes; el castellano encontraba también en la sencillez de sus costumbres y en la elevación de su alma motivos bastantes para apreciarla y practicarla.

Se vió con frecuencia, á continuación de estas relaciones pacíficas, unidos el cristiano y el musulmán por la fraternidad de las armas, y en estos siglos de honor y de franqueza nunca se hicieron traición estas varoniles amistades; la guerra las suspendía sin romperlas. Hubo épocas en que la enemistad nativa de los dos pueblos pareció entibiada, hasta tal punto que Reyes castellanos hacían alianzas políticas con los Reyes moros; estos Monarcas se casaban recíprocamente con Princesas musulmanas ó castellanas, pero estas alianzas desnaturalizadas de alguna suerte, no tenían un principio tan noble como la fraternidad de las armas; la mala fortuna, la venganza

za ó un interés pasajero las formaban y las rompían con la misma violencia.

En esos tiempos en que las batallas, los placeres y una galantería novelesca componían toda la vida de los moros, fué cuando ellos inventaron, por decirlo así, ó adivinaron todas las artes. No fueron más allá de la astrología, la alquimia, la cá-bala y otras ciencias bárbaras; pero la Europa cristiana estaba más adelantada y poseía en aquella época un médico más grande que Abenzoar, un genio más vasto que el universal Averroes, que tradujo á Aristóteles del griego al árabe. Los moros tuvieron historiadores nacionales que nos hacen conocer mejor á los españoles y su siglo, que otros escritores de estos últimos, y difíciles de sustituir. Sobresalieron en la poesía; para ellos España fué *el dulce país del romance*, como le llamaba Addison. Cierzo que de ningún modo pudieron encontrar en la España de este tiempo modelos de poesía ni una literatura que imitar; al contrario, ellos tuvieron el honor de crear la literatura castellana.

Tarik y Muza eran, á no dudarlo, soldados tan groseros como la muchedumbre que les seguía; sus descendientes extrajeron el gusto de las letras y de las artes, de la tranquilidad de la victoria y del poder, de las influencias de este clima afortunado. La Academia de Fez, la Atenas del Africa, heredera de las escuelas de Bagdad y de Samarcanda, esparcía entonces una viva luz, se eclipsó demasiado pronto, pero pudo iluminar toda la España morisca. Los poetas de Córdoba hicieron las delicias de Oriente, y los reinados de los grandes Abderramanes, cuyo nombre no debió de ningún modo perecer, fueron para ellos los siglos de los Augusto y de los Médicis. Todavía se repiten, debajo las tiendas del desierto y en los harems de Asia, las tiernas canciones de la hermosa *Alphaizouli*, la Safo de los Moros, la querida infortunada del feroz *Mohammed-Abénazar*, décimo quinto Rey de Granada, como se repiten las elegías que el desgraciado *Bénadab*, lanzado del trono de Sevilla, compuso desde la cárcel para consolar á las muchachas reducidas á vivir del trabajo de sus manos, y hacer sus penas más llevaderas.

Los amigos de las ciencias, de las letras y de las artes,

siempre maldecirán el fanatismo político de aquel Jiménez que entregó á las llamas, después de la conquista de Granada, un número considerable de libros en prosa y en verso, escritos durante 700 años por poetas y sabios africanos.

Se ve en los españoles del siglo XV renovar el ejemplo de aquella prodigiosa barbarie tan reprobada á un mulsumán del primer siglo de la Egira, el bravío Omar. Sin embargo, pudieron salvarse algunos de estos preciosos restos del genio oriental, se les conserva ó más bien se les olvida en las bibliotecas del Escorial, de la Academia de Madrid, de las Universidades, y sobre todo en las de los monasterios. Ya los papeles públicos han llamado la atención de las gentes de letras sobre estos venerables restos; esperamos que, bajo el ilustrado gobierno del príncipe que ha transformado en un templo la humilde vivienda donde nació El Tasso, manos hábiles y cuidadosas desenterrarán estos tesoros de una literatura virgen, original, que tanto ruido ha hecho otras veces en una parte del mundo, y lo esperamos con tanta curiosidad como estimación.

Bajo un punto de vista general y político, la invasión de los moros fué ciertamente una profunda calamidad para los españoles; ellos perdieron sus hogares, y el extranjero se repartió su tierra natal; pero ¡cosa extrañal su expulsión no fué menor desastre para España. La Historia les deberá siempre la justicia de que á su paso por España dejaron huellas gloriosas y útiles sobre su suelo. Los grandes y memorables trabajos que ejecutaron son todavía para ella un beneficio público. Llenáronla de maravillas de su arquitectura. Los monumentos de Córdoba, de Toledo, de Sevilla, de Granada; esas mezquitas soberbias, esos palacios que parecen fabricados por las hadas, esos altos y ligeros pórticos cuya duración parece eterna; los restos de esos cuadros que representan las batallas (1) con los cristianos; esos mosaicos de colores indestructibles, esos baños de mármol, esos jardines naturales embellecidos con todos los prodigios del arte, esos puentes aéreos,

(1) Esta parte es inexacta; nuestros árabes no pintaron figuras humanas, ni por consiguiente batallas.

esos acueductos, esas fuentes de alabastro, esas famosas cisternas y esas ciudades que fundaron, atestiguarán á todos los siglos que los moros no fueron bárbaros. Esos majestuosos testigos de la grandeza morisca son todavía el orgullo de España, aun cuando los deba á sus reveses, y para los españoles, España es un país clásico visitado por los aficionados á las artes con el mismo entusiasmo que se visita Grecia y la incomparable Italia. Los moros eran pastores y labradores, marinos y soldados, ellos crearon los célebres rediles de España, cruzando las magüficas razas de Berbería con los rebaños indígenas, el mismo servicio prestaron á las yegüadas con la importación de una gran cantidad de caballos árabes, explotaron las minas, sostuvieron un comercio activo y floreciente con Africa, y todo el Oriente pagó ricos tributos á su industria. Como labradores España les debe un eterno reconocimiento. Aclimataron gran número de vegetales africanos, plantaron bosques y enseñaron á los castellanos el arte de regar las tierras. Los autores contemporáneos hablan con admiración del maravilloso cultivo de los llanos de Granada, de Murcia y de Andalucía. Los musulmanes llevaron la reja del arado y el azadón hasta las áridas cimas de los montes alpujarreños y de Sierra Morena. *El paraíso de Granada*, como ellos la llamaban en sus eternos pesares, era una colmena en la cual no descansaban jamás las diligentes abejas. Mientras que el español, indolente y soberbio, creyéndose demasiado noble para dedicarse al trabajo, no regaba con sus sudores más que la pesada armadura, el industrioso moro los prodigaba sobre aquella tierra fecunda, recogiendo de ella en pago el ciento por uno. Esto es lo que hicieron los árabes por su nueva patria, y el recuerdo será imperecedero. Conquistadores, únicamente vertieron sangre española en los campos de batalla; vencedores, fueron tolerantes y misericordiosos, los vencidos conservaron sus altares, sus leyes y sus viviendas. Su gobierno se manifestó siempre suave y generoso, no separaron á los hijos de los padres, y si algunas veces las cristianas cautivas se unían á esposos musulmanes, estas uniones las formaba el amor, no la violencia, puesto que elegían el marido. En este largo período durante el cual ocuparon todos los tronos de España, historia-

dores enemigos de ellos no les imputan un solo acto de crueldad á sangre fría hacia los castellanos sometidos y desarmados. Fueron á menudo crueles, pero de moro á moro.

El apreciable Florián hace observar que una de las principales causas de su ruína fué el que no tuvieran una ley de Estado para la sucesión al trono. Las luchas por el poder soberano conducían á escenas sangrientas; las animosidades de las tribus rivales, un punto de honor que no era menos feroz que el nuestro, multiplicaban los duelos y agotaban la mejor sangre del Estado. En una palabra, exceptuando el valor y la cortesía, cualidades brillantes por las cuales las dos naciones fueron igualmente dignas la una de la otra, presentan en todas las demás un perfecto contraste. De un lado, un pueblo paciente y sóbrio, de carácter sério, soberbio y varonil, que, comprendiendo perfectamente sus intereses, se hace político y marcha con paso firme á su objetivo; de otro lado una nación voluble y arrebatada, galante hasta el entusiasmo, ardiente á los deleites, mezcla singular de virtudes varoniles y generosas, de blandura y negligencia, realizando su vida del presente sin cálculos ni miras para el porvenir. En los orientales, nacidos tan graves, se ven las pasiones ardientes, la actividad, la galantería, la tolerancia, la industria, la extrema civilización con sus flexibles costumbres, sus conocimientos, sus artes, sus distracciones y sus vicios.

En los españoles: gran lujo de gravedad, altivez desdeñosa, celos sombríos, rudeza, una literatura apenas bosquejada, las tinieblas de los siglos góticos, un fanatismo inexorable y los autos de fé.

Un notable y profundo literato del siglo XVIII, Williams Hayley, encontró en la historia de los musulmanes de España, asunto para dos grandiosas epopeyas, y expresaba el deseo de que aparecieran entre las naciones de Europa dos poetas dignos de escribirlas; encontró en ellas contradicciones de costumbres de un efecto admirable y de una fecundidad extrema y esa acción *una y grande* que exigen los maestros del arte.

Gran gloria conquistaron el Tasso, el divino Ariosto y el menos conocido Comoëns al ocuparse de estos hermosos asuntos, en los que las costumbres orientales contrastan de

una manera tan noble con la hechicería de nuestros siglos góticos y la caballería europea. Vanagloriémonos de poseer la *Henriada*, pero supongamos á un Voltaire dedicándose diez años después á cantar la invasión de los moros ó el fin de su imperio. ¡Qué magnífico poema!

Europa, con sus luchas en Africa; el voluptuoso Roderico y sus fatales amores que perdieron la monarquía de los godos; la desgraciada Florinda, otra Elena que fué la tea de la discordia en Iberia; el culpable é interesante conde Julian, el valiente Tarick, el entusiasta Muza, sus intrépidos compañeros, y el gran Pelayo que fundó un nuevo imperio sobre un imperio derruido. En otro orden de cosas, aquella famosa vega de Granada; cuya belleza ningún idioma podrá describir, donde corrió tanta sangre, donde combatieron tantos héroes; aquella hermosa ciudad tan poética como la poética ceniza de Ilión. ¡Qué magníficas contradicciones de culto, de ceremonias, de fiestas, de leyes, de usos, de intereses, de pasiones y virtudes en estos dos asuntos!

¡Qué grandes costumbres, siempre en contraste! Aquí, la sencillez del siglo de los patriarcas, la antigua fe, la hospitalidad primitiva, y todas las artes de un pueblo extremadamente adelantado en la civilización; allá, todo lo que el espíritu caballeresco tiene de más exaltado, el espíritu religioso de más ferviente, los largos amores y las nobles amistades. ¡Qué pomposa variedad de imágenes! ¡Qué tesoro para el génio! ¿A qué podría mejor adaptarse lo maravilloso del cristianismo? ¿Qué pueblo fué más creyente, más religioso, más firme, y más constante en su fe que los antiguos castellanos? Y lo maravilloso del Islamismo es más rico y nuevo de lo que se cree. Los grandes hombres que acabamos de citar no lo han apurado, apenas lo han usado. El Corán y las tradiciones religiosas que lo completan son, como la Biblia, el politeísmo, la Eda, y otros libros sagrados de los Indios, fuente inagotable de poesía. Los dogmas de los musulmanes sobre la Fatalidad, el Paraíso, el Infierno, los Angeles protectores y vengadores, los buenos y malos Genios, las gracias de la Justicia divina, y la resurrección de los Muertos, darían un carácter tan nuevo como grandioso á las ficciones de la epopeya y es quizá hoy

el único camino que pudiera seguirse con algún viso de novedad.

En una palabra, para un espíritu épico hay en las teogonías orientales verdaderos tesoros de invención y de imaginación. —Esta poética fecundidad de la historia de los Moros no se ha experimentado en ningún pueblo de Europa; no ha producido, ni aun en España, donde el genio de las letras ha derramado desde hace tres siglos tan viva luz, más que libros y novelas que no se leen ya; una infinidad de romances históricos, cantos de guerra y de amor que eran el encanto de los antiguos castellanos y cuya ingenuidad, sencillez, y con frecuencia su poesía son admirables; y en fin el *Cid*, de Guillen de Castro, tragedia bárbara pero inmortal, por haber inspirado el *Cid* francés.

España posee doce poemas épicos, dignos por cierto del profundo olvido en que han caído, á excepción de *La Araucana*, cuya acción no es en verdad ni *grande ni una*, pero que se ha salvado por sus bellas imitaciones homéricas, por sus conmovedores episodios y por el estilo de un verdadero poeta. Parecerá extraño que ninguno de estos poemas esté consagrado á celebrar las dos famosas épocas que nuestro crítico inglés ha señalado á los amantes de las musas.

El pueblo moro llenó con sus glorias y sus desdichas las páginas del viejo libro que publicamos. No es una novela, no es una historia, si preciso es atenerse á la exacta definición de estas dos palabras. Es, sin embargo, muy cierto que la última puede aplicársele mejor que la otra. El sábio Pin-Kerton afirma en su *Ensayo sobre la poesía oral y tradicional*, que todos los grandes rasgos de esta obra, así como un gran número de sus detalles, conservan la evidencia histórica. Los autores de la *Antigua biblioteca de novelas*, aseguran que en la mayor parte de los casos *todo es verdaderamente histórico é interesante*. Florián, que en literatura española debe ser para nosotros una verdadera autoridad, declara que por este libro ha conocido mejor á las dos naciones que por todo cuanto ha podido leer en los más doctos y autorizados historiadores castellanos. Diremos, pues, que la «Historia de los Vandos, de los Zegríes y Abencerrajes, cavalleros moros de Granada», etc., es una continuidad de cuadros donde se pintan con ingénua exacti-

tud las vicisitudes, guerras, costumbres, pasiones, vicios y virtudes de uno de los pueblos más singulares que han pasado por la tierra. Como abunda en relatos de amores, de fiestas y torneos, romances y animadas descripciones, está completamente saturado de un sabor romántico; pero estos romances, estos amores y estas fiestas son hechos completamente históricos, y todos los personajes que en él figuran han existido. Esta obra ha servido en Francia como tipo de algunas imitaciones imperfectas que no conservan nada del encanto del viejo original; una nube de novelas más ó menos ligeras, todas igualmente olvidadas, en que los moros han sido siempre el asunto de sus argumentos. Tales son la «Historia de las Guerras Civiles de Granada», por M.^{lle} de la Roche-Guilhem; «Las galanterías granadinas», por M.^{me} de Villedieu; «La Almahida», del fecundo Scudéry; y la «Historia de la Conquista de Granada», por M.^{me} de Gómez.

La famosa «Zayda», de M.^{me} de la Fayette, corregida por Ségrais, y el «Gonzalvo», de Florián, son los únicos de los cuales puede decirse que han sido injustamente olvidados. Estos dos autores han poseído el secreto de la gracia, y el arte verdaderamente feliz de la ficción y el de excitar con mesura el interés.

La novela pertenece á la literatura, donde tiene su puesto cuando describe con talento, de cualquier género que sea, nobles y verdaderas costumbres y caracteres naturales.

Florián, sobre todo, ha adornado su obra con elegantes poesías que le hacen salir de un orden vulgar.

Desde el siglo XVI, el licenciado Juan Bautista de Villegas había sacado de nuestro antiguo libro el argumento para una magnífica tragi-comedia, con el título de «El buen cavallero maestre de Calatrava D. Rodrigo Girón de Tellez.» En el tercer acto, el neófito Muza bautiza con todas las palabras y ceremonias del ritual al moro Albayaldos, que se encuentra espirante sobre el campo de batalla.

Los biógrafos españoles están unánimes en atribuir esta obra á un moro de Granada que se retiró á África después de la conquista. *Argutaafah*, su nieto, heredó el manuscrito que regaló á *Rabbi-Santo*, sabio judío de aquella época, que

lo tradujo al hebreo, dando el original árabe á D. Rodrigo Ponce de León, Conde de Bailén.

Este señor, que tuvo uno de sus más ilustres abuelos entre los héroes del sitio de Granada, tomó un vivo interés en esta producción y la mandó traducir, primero en castellano, por el Rabino, y luego por Ginés Pérez de Hita, cuya versión es la única que hoy se lee en España, donde desde 1610 se han hecho numerosas ediciones. Aún en París se publicó una en 1660, en la cual se encuentra muy correctamente escrito el texto de Ginés Pérez. El triunfo del *Cid* exaltaba todavía esa especie de fanatismo que, bajo los reinados de los últimos Valois (y de sus tres primeros sucesores) había hecho clásica la lengua castellana y de su literatura objeto de veneración para los ilustres de la época. Esta preocupación la eclipsó el genio natural y verdadero de los Racine y las Boileau; y si ella fué excesiva, el desdén que esta literatura inspiró después, y el olvido profundo en que cayó no lo fueron menos.

Cada episodio, cada incidente, una batalla, un duelo, una serenata, un torneo, una querrela de amantes, le dan á Ginés Pérez el argumento de un romance, que presenta como el testimonio de la evidencia del hecho que en él relata. Estas tradiciones poéticas son casi todas la repetición de un relato anterior, y por este motivo las hemos retirado de la obra, dando únicamente de ellas algunas notas. Si las llamamos tradiciones poéticas es porque no todas son de la invención de Ginés Pérez; varios de estos cantos han sido realmente compuestos en diferentes épocas para celebrar las guerras y los amores de los dos pueblos. Echaremos una mirada sobre estos viejos y venerables monumentos de la poesía castellana, que son quizá todavía las obras maestras, á pesar de todas las producciones modernas.

El romance, es decir, este género de poema á la vez lírico, elegiaco, pastoril y descriptivo, que se encierra en el limitado círculo de un relato de guerra ó de amor, nació en los primeros siglos del mundo bajo las tiendas del desierto, y hace todavía las delicias de los árabes en su antigua patria. Las investigaciones del sabio Huet, los trabajos tan interesantes y demasiado ignorados en Francia de Sir Williams Jones, los

testimonios de todos los viajeros, sobre todo el de nuestro ilustre Volney, le dan á esta circunstancia una certeza histórica. El romance pasó de los desiertos de Arabia á las ciudades, y tuvo buena acogida en la corte de los Califas de Bagdad, donde el idioma israelita pulido por una elegante finura de costumbres le prestaba un lenguaje mucho más dulce y acentos más melodiosos.. La hermosa lengua de los persas, pronto universal y clásica en todo el Oriente, acabó de embellecerle.

Los musulmanes de España, educados en la lectura de los poetas de Schiraz y de Ispahan, cultivaron con pasión esta buena literatura, y como los españoles parecían destinados á debérselo todo á sus enemigos, hasta sus placeres y sus medios de agradar, sucedió que de los moros aprendieron el arte de las novelas y del romance; como ellos lo consagraron á la religión, á la gloria, á la inmortalidad de los grandes hombres, á los amores, á las fiestas y á los heroicos pasatiempos de la caballería. Tal fué la primera misión de la poesía en todos los pueblos. El romance tomó, según los asuntos, el tono augusto de la oda, los tristes acentos de la elegía, la sencillez de la égloga, y debe elevarse hasta la altura de los monumentos históricos, porque dicen los notables escritores que hemos ya citado: «estos romances son otros tantos despojos de la historia contemporánea, y casi todos conservan un hecho ó una anécdota auténtica.» Algunos son magníficos cantos de guerra. Estos cantos serían verdaderas odas, y odas de una elevación, de una fuerza y de una originalidad de pensamientos, de una riqueza de admirables imágenes, si cierta ingenuidad y cierta sencillez, que llamaremos primitiva para entendernos mejor, no les imprimiera un carácter muy diferente. En este último género son muy numerosos los romances inspirados por el gran nombre del Cid; hay algunos, cuya acción es tan extraordinaria, su metro tan impetuoso, el acento tan guerrero, que cree uno oír el sonido del clarín; al mismo tiempo, los pensamientos son tan grandes, tan nuevos, tienen un color tan antiguo, que no nos maravillaría encontrarlos en un cántico de Moisés, de Debora, de Assaph ó de Isaías, en un canto del divino Homero ó del audaz Tirteo.

La conquista de Granada fué para las Españas un gran motivo de alegría, y los poetas castellanos no desperdiciaron la ocasión de triunfar también á su manera de los moros tan valientes y temidos durante mucho tiempo.

Esta época fué la edad de oro del romance, y difícil fuera enumerar todos aquellos que en ella se publicaron. Nada hay que iguale por la sencillez, la total ausencia de prolijas imágenes y los sentimientos naturales, á los romances que describen las querellas y pasión de los amantes; estos, cuyo único objeto es el describir una fiesta, un augusto himeneo, un torneo ó una lucha taurina, contienen detalles de costumbres que son aún hoy motivo de estudio para los historiadores más serios. El romance español brilla también en las escenas tiernas y patéticas; arranca verdaderas lágrimas cuando describe las penalidades y miserias de la cautividad, las quejas de los cristianos gimiendo en Marruecos, Argel y Túnez en las prisiones de los moros; sus ardientes suspiros hacia la patria, sus amantes, sus madres y esposas; con frecuencia, sus peligrosos amores con las hermosas y compasivas sultanas, entre las que hallan siempre consuelo, y alguna vez la generosidad de romper los hierros de su cautiverio.

Nada más nuevo, anticuado, y más elegante, que las dos últimas estrofas de aquel romance en que el Rey Don Juan I de Castilla, después de hacerse describir por el moro Abenamar las maravillas de Granada, exclama: ¡Granada! ¡Granada!

«Si tú quisieses, Granadal
contigo me casaría,
Daréte en arras, y dote
á Cordova, y a Sevilla.»
«Casada soy, Rei Don Juan!
Casada soy que no viuda;
el Moro que á mi me tiene
muy grande bien me quería.»

¿Dónde se encontrará igualmente color más castizo, expresión de dolor más profunda y verdadera, que en el hermoso canto en que el Rey Boadillin llora la pérdida de la ciudad de

Alhama conquistada por los cristianos que entonces se apres-
taban al sitio? Recorre las plazas y calles de Granada, exclamando:

«Ay de mi Alhama!»

.....

Los clarines dan la señal de alarma, las tropas acuden y se juntan en derredor suyo, y su sola arenga, su único grito de guerra y de venganza, es

«Ah! Ay de mi Alhama!»

Un austero anciano se atreve á echarle en cara los crímenes de su reino, el asesinato de los Abencerrajes, y le presagia la próxima ruína de su imperio. A estas crueles recriminaciones el desdichado monarca no contesta más que con estas quejumbrosas palabras:

«Ay de mi Alhama!»

Augusto, llorando el desastre de Varus y las legiones romanas, no lanzó más conmovedora exclamación.

En otro romance se pinta una escená que es completamente del género de Homero y del Génesis del Peutateuco. Un valiente caballero castellano, D. Alonso de Aguilar, murió en un combate librado en las Alpujarras. Las hijas y esposas de los moros rodeaban su cadáver admirando su belleza y gozando cruelmente en su desgracia. Una cautiva cristiana le reconoce; era la que le había alimentado con el jugo de sus pechos y educado amorosamense en su regazo. Precipítase sobre aquellos tristes restos cubriéndolos de besos y de lágrimas, y exclama:

«Don Alonso! Don Alonso!
Dios perdone la tu alma!
Que te mataron los Moros,
los moros de la Alpujarral!»

Ante estas palabras tan sencillas y conmovedoras, el orgullo é insolente gozo de las mujeres moras se trocaron en lágrimas y lloros.

Estos ejemplos de los cuales pudiéramos citar infinito número, darán una justa y completa idea del romance castellano en el género patético y elegante. En él se conserva siempre gran encanto de naturalismo y de verdad aun en los asuntos más elevados; exento de ficción, rehuye el lenguaje pomposo, y en él los más altivos sentimientos y los rasgos de heroísmo tienen una especie de natural grandeza cuyo ejemplo no puede encontrarse más que en los escritos de los más remotos tiempos. Es verdaderamente la *poesía primitiva*.

Hombres que parecían consagrar solamente su talento á frívolos asuntos, y que aun entonces se mostraban profundos literatos de estilo y de saber, dotados eminentemente de esta sagacidad de espíritu que esclarece y fortifica la historia civil y política de las naciones por la de sus costumbres y antiguos usos, los autores de la antigua «Biblioteca de Novelas,» definieron perfectamente el romance español por una imagen tan ingénua y natural como el mismo romance: «Tiene, dicen, una gracia particular, por lo mismo que es sin pretensión, y que parece decir: *esto es lo que hay, creedme si queréis!*» No podía caracterizarse por un rasgo más vivo su expresión franca y libre, su ingenuidad, su abandono, su (1) sencillez, por decirlo así, pero la (1) *sencillez* de Lafontaine vertiendo á tesoros todas las riquezas del genio.

XVII

Ilustración á la nota de la pág. 19 de esta obra.

Como son muy notables las semejanzas que existen entre el prólogo que Aribau escribió para el tomo III de la *Biblioteca de AA. EE.* de Rivadeneyra, y el que aparece en la edición de Madrid (en la imprenta de D. León Amarita, 1833), nos parece muy verosímil que ambos trabajos sean del mismo autor.

(1) *Bonhomie* dice el texto.

No es posible suponer que el Sr. Aribau, literato eminente y que no necesitaba copiar á nadie para cosa tan baladí, trasladase, casi entero y como suyo, el primitivo prólogo.

D. Buenaventura Carlos Aribau, residía en Madrid desde 1831, dos años antes de que viera la luz pública la edición de 1833, y ya diez años antes era conocido en su patria, Barcelona, por notables poesías y artículos en prosa, que se publicaron en la revista intitulada *El Europeo*. Esta opinión es también la del sabio Profesor y Académico Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo. Como en dichos prólogos se encuentra todo lo que hasta el presente se había dicho de nuestro insigne Pérez de Hita, creemos oportuno trasladarlos literalmente á este trabajo, con tanta mayor razón cuanto que coinciden en un todo con nuestras apreciaciones y juicios sobre la primera y segunda parte de *Las Guerras Civiles*, hasta el extremo de que á veces parece que hemos copiado al ilustre colector de los novelistas anteriores á Cervantes.

Guerras civiles de Granada, por Gines Perez de Hita, vecino de Murcia.—Tomo 1.—Madrid.—En la imprenta de D. Leon Amarita.—1833.—(2 tomos en 8.º)

PRÓLOGO.—Se ha reimpresso esta obra, porque siendo una de las mejores que tenemos de honesto recreo, se habia hecho rara: su lectura deleita tanto, que quien una vez toma el libro en sus manos, no puede luego soltarle hasta la conclusion. Fue el embeleso de nuestros mayores, que aprendian de memoria los bellísimos romances que contiene; se tradujo al frances y al italiano, interesando tambien á los extranjeros; ha dado materia y argumento á varias composiciones dramáticas antiguas y modernas, y servido de modelo para escribir otras obras análogas, principalmente á la del caballero Florian, intitulada *Gonzalo de Córdoba*, que es en el dia la mas conocida y en mucho estimada.

Gines Perez de Hita, proponiéndose escribir de las *Guerras Civiles de Granada*, que, nacidas primeramente entre los moros durante la agonía de su dominacion en España, y escitadas despues por los mismos contra los cristianos que los ha-

bían subyugado, reunió un gran número de noticias curiosas sobre aquellas gentes, que no se encuentran en ningún otro escritor antiguo español. Dió su obra en dos partes, tocantes á dos épocas distintas y notables de nuestra historia.

En la primera parte inserta la cronología de los Reyes de Granada bajo el dominio de los moros, el nombre de los pueblos de su jurisdicción y el de las familias más distinguidas del Estado; describe los palacios, jardines, mezquitas y obras más suntuosas de la capital, y después, introduciéndonos en ella reinando Boabdilín, su último soberano, nos rebela los amores, celos, intrigas y competencias de las damas y caballeros más principales de la Corte; nos acompaña á sus saraos, juegos y regocijos, nos declara sus bandos y parcialidades, y nos lleva á ver sus escaramuzas y desafíos. Pinta á Boabdilín ingrato á su virtuoso padre Mulahacen, crédulo, alucinado é inicuo contra su esposa, á la cual, en fuerza de un grosero chisme urdido por los vengativos Zegríes, sus cortesanos, acusa del crimen de adulterio, poniéndola en la necesidad de encontrar quien vengase en singular batalla á sus cuatro furibundos acusadores, ó perder su honor y la vida en las llamas; cruel con los generosos Abencerrages, que consienten sean degollados uno á uno por sus émulos en la cámara de los Leones, atroz con su hermana Moraima y dos inocentes hijos de ella, á quienes asesina por su propia mano, y en fin, aborrecible por su tiranía á todos los granadinos. En este cuadro, alrededor del trono, sobresale el valeroso Muza, hermano natural del rey, como el más cumplido caballero de la corte mora; campea el gallardo Malique Alabez, de prosapia real, entre una familia numerosa de héroes; brilla el espléndido Abenamar, mantenedor en el juego de cañas y de sortija, como el más diestro entre todos los competidores; el esforzado Reduan sorprende y admira, el adusto Albayaldos estremece, el intrépido Gazul interesa, y el sensible Zaide enamora. Pero de cuando en cuando aparece en esta magnífica escena la flor de los caballeros cristianos, que eclipsa toda la gloria de tan insignes varones. Los muy ilustres maestros de Calatrava y de Santiago, D. Rodrigo Tellez Girón y D. Manuel Ponce de León, duque de Arcos, vencedor el primero de Muza, Albayaldos y Aliatar, y el segundo del ga-

llardo Malique Alabez y de Alf Amete Zegrí, acusador de la reina; el alcaide de los Donceles, D. Diego Fernandez de Córdoba, cortesano tan galan como adalid valiente; el robusto don Juan Chacon, señor de Cartagena, que de una cuchillada cortaba á cercen el pescuezo á un toro; el esclarecido Portocarrero, señor de Palma, y el desgraciado D. Alonso de Aguilar, se llevaban la palma en todos los juegos y en todas las lides y escaramuzas. El profundo sentimiento de esta superioridad comprobada por el mal éxito de sus últimas empresas militares, hacia mirar á los moros su gobierno con menosprecio y hasta la religion propia con desconfianza ó indiferencia. Dividida en bandos y agitada por la ambicion y los celos la nobleza, á cada paso sus parciales tomaban las armas unos contra otros, se alteraba la tranquilidad pública, y con el mas leve motivo se vertia la sangre de los primeros campeones en duelos y batallas singulares cuando eran mas necesarias la union y concurrencia de todas las fuerzas del Estado para atajar los rápidos progresos de las armas cristianas. La expulsion de los Abencerrages que se habian salvado del degüello de la Alhambra, agregó el cuerpo mas gallardo de la caballeria mora al poder ya tan formidable del enemigo; y sirviendo desde entonces la desercion de ejemplo á las demas familias nobles exasperadas, quedó sin apoyo la independendencia de la Nacion, y la capital casi desierta de defensores. En fin, llegaron á su mayor auge el desorden y la confusion cuando Granada presentó al mundo el inaudito y escandaloso espectáculo de tres reyes aspirantes del poder supremo dentro de sus murallas, Boabdilin sostenido siempre por los Zegríes, Mazas, Gomeles y Langetes; Mulahacen, restaurado por los Abencerrages: Gazules, Alabeces y Venegas, y el gobernador Abdalf proclamado por los Almoradis, Almoades y Marines. Cada uno de estos tres obcecados príncipes tenia alli su palacio y corte aparte; tropas, vasallos y aun templos para hacer oración diferentes; cada uno de ellos, por afianzar la posesion de aquel simulacro de soberania, negociaba secretamente con el enemigo común, ofreciéndole en pago de su asistencia y proteccion los tesoros propios y las plazas, villas y lugares que se habian declarado por ellos. De este modo, unos señores tan podero-

sos y políticos como los Reyes Católicos, asistidos de los mejores capitanes que hubo jamas en Castilla y viniéndoseles, digámoslo así, la presa á las manos acabaron sin grande esfuerzo la conquista del estado granadino, y extinguieron la larga dominación de los Arabes en la Península. Aquí concluye la primera parte.

En la segunda se abre una escena muy distinta, pero no vacia de instruccion ni de interés. Llegamos á otros tiempos, y encontramos otros hombres y otras costumbres. La elacion del ánimo, derivada de las riquezas y del manejo del poder, moviendo celos y enemistando á las familias principales del estado granadino, produjo las primeras guerras civiles, que le condujeron á su ruina: la miseria y la desesperacion, hijas de la opresion y de la violencia, abortaron las guerras segundas, que extinguieron las últimas reliquias de los moros en España. Después de la conquista de Granada habían pasado setenta y siete años, llevando los moros al cuello con harta mortificación el grave yugo que les echaron sus vencedores. Sufrian la poca observancia de las promesas que les fueron hechas al tiempo de su rendicion; el sucesivo despojo de sus tierras, el abandono forzoso de su culto, la exaccion de crecidos tributos, fardas y prestaciones, y sobre todo esto el menosprecio general; pero estando ya llenas las medidas, y tratándose todavía de impedirles el uso del idioma y traje nacionales, se alzaron todos, decididos á morir ó mejorar de suerte. Con disimulo y bastante habilidad averiguaron el número de hombres aptos para las armas que quedaban en su raza, nombraron Rey á un descendiente de sus Soberanos antiguos, pidieron auxilios de armas y tropas á sus progenitores de Asia y Africa, y levantaron el estandarte de la rebelion refugiándose en las asperezas de las Alpujarras. Temeraria y de mal éxito, sin duda, erá entonces la empresa de los moros, luchando con el poder colosal de Felipe II; pero tambien causa pesadumbre el ver qué esfuerzos y cuánta sangre les costó ahogarla á los cristianos. Precedido de hábiles negociaciones el famoso Conde de Tendilla, Marques de Mondejar, fué el primer general que envió el rey con un ejército de 20.000 hombres contra los rebeldes; mas dice otro historiador, testigo ocular, que una

mitad por lo menos de esta brava gente se componia de asesinos y ladrones, los cuales, sabiendo que algun pueblo de moriscos se habia sometido y fiaba su seguridad del salvoconducto que le daba el Marques, se escapaban del real por la noche y le asaltaban, y mataban y saqueaban á sus moradores, llevándose á las mujeres para gozarlas y despues venderlas como esclavas. No es extraño, pues, que una conducta tan atroz y desenfrenada exasperase los ánimos de los sediciosos en lugar de calmarlos, y que al poco tiempo perdiera el General en esta guerra su ejército y la reputacion. Preséntase luego en la lid el esclarecido D. Luis Fajardo, Marques de los Velez y adelantado de Murcia, con sus valerosos tercios; pero estos se ensangrientan demasiado en la villa de Felix, y sus crueldades posteriores en Huéscar hacen imposible la reconciliación. Los dos héroes cristianos batallan con los moros por dos puntos diferentes, obran prodigios de valor, se cubren de gloria saliendo victoriosos en casi todas las acciones marciales, y con todo eso no adelantan: sus tropas, en varios encuentros y sorpresas de convoyes se disminuyen mucho; al paso que cunde el número de los enemigos, vienen sucesivamente con refuerzos considerables el Marques de Favara y el Comendador mayor de Leon D. Luis de Zúñiga y Requesens, y todavia la guerra se prolonga, zozobrando ya el crédito de la orgullosa corte; el hercúleo D. Luis Fajardo, cuya ponderosa lanza apenas podia sustentar al hombro un soldado robusto, cuando él la manejaba como un mimbres, despues que entre otras proezas, con poca gente y la mayor parte enferma, hizo alarde de su esfuerzo y talento militar rechazando á los moros, que con todo su poder reunido le atacaron en Verja, se estanca en el sitio de Galera, y no puede pasar adelante; en fin, dura el conflicto cerca de tres años, y es preciso que el ínclito D. Juan de Austria, hijo del Emperador D. Carlos, salga de Granada con 10.000 infantes y 10.000 caballeros, asistido del valeroso duque de Sesa con otra tanta fuerza, y que á estos dos ejércitos nuevos se reunan las reliquias de todos los anteriores para salir de tamaño empeño y forzar á los rebeldes á deponer las armas é implorar la real clemencia.

Conteniendo este libro la descripcion de muchas batallas,

asedios y entradas de los pueblos á viva fuerza, en que se derramaba por una y otra parte tanta sangre humana, su lectura no puede ser apacible, como la anterior: con todo eso abunda de episodios interesantes como el razonamiento del Purcheni al Marques de Mondejar, estando este con su campo en Orgiva: la muerte del Capitan Alvaro de Flores, la prision del moro Albexarí, y sus amores con Almanzora; las fiestas celebradas en Purchena de orden de Muley Abenumeya; el canto profético de la mora, natural del Deire; los celos, conspiracion y venganza de Benalguacil contra el rey moro por haberse apoderado de su prima Zahara; la historia de Tuzani y de cuanto hizo para encontrar y matar al asesino de la hermosa Malhea que pereció en Galera; la muerte y las exequias de D. Luis de Quijada, ayo del Sr. D. Juan de Austria, y el fin trágico del virtuoso Habaquí. Ultimamente enamoran la humanidad, el candor y la firmeza de caracter de Ginés Perez de Hyta cuando al acabar su obra pinta patéticamente los sentidos lamentos de los moriscos al ser arrancados de sus tierras y llevados por fuerza á Castilla y á la Mancha: censura esta impolítica y cruel resolucion de Felipe II, faltando á lo que se habia prometido por su augusto hermano á los moriscos, los cuales antes murieran de mil muertes que rendir las armas, ni haber hecho las paces, si hubiesen sabido que no serian cumplidas las capitulaciones; y añade que mas valiera no haberlos sacado del reino de Granada, por lo mucho que en esto habian perdido S. M. y todos sus demas Estados.

¿Y quien fué Ginés Perez de Hita? De su persona y vida no tenemos mas noticias que las que el propio dejó consignadas en esta obra. Dijo ser vecino de la ciudad de Murcia, lo cual no prueba que naciese en ella; pero parece que á lo menos fué de la provincia, no solo por su domicilio; sino porque no pierde ocasion de levantar á las nubes el valor de los tercios murcianos. Militó en esta última guerra contra los moriscos bajo de las banderas del Marqués de los Velez, y no sabemos que saliera de la clase de simple soldado. Censurando la rapacidad invencible de sus camaradas, manifiesta mucho candor cuando confiesa que algunas veces, llevado él propio de tan mal ejemplo, salía á robar en los pueblos de los moris-

cos sometidos; y demuestra que tenia mejores entrañas que los feroces guerreros de aquella época, contándonos como habia recogido en la atroz matanza de Felisa á un niño que encontró mamando al pecho sanguinoso de su madre asesinada, y le entregó á otra morisca para que le criase; gloriándose tanto de esta accion misericordiosa, como de haber amparado y salvado de la muerte á mas de veinte mujeres. Finalmente, se infiere que escribió, ó á lo menos dió á luz, alguna otra obra distinta de la presente por la expresion que hallamos al fin de la historia del Tuzani, donde dice que vió y habló á este en Villanueva de Alcardete, viniendo á Madrid á cobrar un privilegio para un libro suyo, cuyo título no declara.

¿Y es Gines Perez de Hita el verdadero autor de las *Gueras Civiles de Granada*? En cuanto á la primera parte, si hemos de creerle á él propio: «La escribió en arábigo un moro, natural de la ciudad de Granada, llamado Abenhamin, que pasó luego al Africa y murió en Tremecen, dejando allí hijos y un nieto muy habil, llamado Argutarfa, el cual recogió todos los papeles de su abuelo y entre ellos encontró este libro, que estimó mucho por tratar la materia de Granada, y se le prestó á un judio llamado Saba Santo, quien le sacó en hebreo por su contento, y el original arábigo le presentó á D. Rodrigo Ponce de Leon, conde de Bailen. Que este señor, por saber lo que contenia y por haberse hallado su abuelo y bisabuelo en aquellas conquistas, rogó al judio que le tradugese en castellano, y despues el conde le hizo á Hyta la merced de dársele.» Esto dice en las páginas 412 y siguiente de la primera parte, sin embargo de que en la portada del mismo libro se expresa que él la tradujo al castellano y no el judio Saba Santo. Lo que por el contesto de la obra parece mas cierto es que, ni el uno ni el otro hicieron una traduccion literal de la obra arábigo; pues no es creible que un moro hablase con tanta parcialidad á favor de los cristianos, ni que la hubiese adornado de los hermosos romances castellanos que la acompañan, cuando muchos de ellos fueron escritos despues de la conquista de Granada, ya entrado el siglo XVI. Aquí es donde brilla la gala de este metrò peculiarmente español, que no tienen y envidian las demas lenguas europeas, hijas de la

latina; porque los romances se leen junto á los hechos heroicos para que fueron compuestos de propósito, ilustracion que falta al que lee estas producciones descriptivas, desnudas y hacinadas en los *Romanceros*, sin tener la noticia necesaria de nuestra historia antigua y de las tradiciones patrias. Así parece que Ginés Perez de Hita, tomando lo sustancial de los hechos que refiere del arábigo, los redactó á su modo y dió á la obra castellana la forma que ahora tiene. En cuanto á la segunda parte, no ofrece duda que la escribiese Gines Perez de Hita, adornándola tambien de los razonamientos y romances que contiene, muy inferiores ciertamente á los de la parte primera, exceptuándose la descripcion del sitio de Galera, que él propio dice haber copiado de la que escribió el alferez Tomas Perez de Hevia, vecino de Murcia, que seguía las banderas del Sr. D. Juan de Austria.

Queda dicho que no es tan interesante la lectura de la segunda parte de esta obra, como la de la primera; pero faltaba añadir, que jamás ha poddo ser del mismo modo conocida, aunque tambien entretenga mucho, porque el desaliño ó mas bien la groseria de la impresion con que se dió al público, la hacian intolerable. Son tantas las erratas que la afean, que solamente un talento muy perspicaz podrá encontrar sentido en su contesto, supliendo la ausencia total de las reglas de ortografia; ademas de que causa tedio manejar un libro de ruin papel de estraza, que se deshace al tiempo de pasar de una hoja á otra. Aquel que se tome el trabajo de cotejar la presente edicion con la antigua, será quien pueda calificar el servicio que en esto ha hecho el editor á la literatura nacional.

XVIII

Ilustración á la nota de la pág. 19 de esta obra.

(Conclusión)

Según indicamos al principiar el capítulo precedente, trasladamos ahora á continuación todo lo que referente á Pérez de Hita y á su obra *Guerras Civiles de Granada*, aparece en el *Discurso preliminar* del tomo III de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, *Discurso* escrito, como ya dijimos, por D. Buenaventura C. Aribau, colector de dicho volumen, comprensivo de los novelistas anteriores á Cervantes. Dice así:

NOVELA HISTORICA. EL ABENCERRAJE.—GUERRAS CIVILES DE GRANADA.—Si con mediana atención estudiamos el genio de nuestros antiguos novelistas, facilmente observaremos que al emprender asuntos de alguna gravedad, mas bien solian entregarse al vuelo de su lozana fantasía, que sujetarse á los rigores de la imitación.

Esceptuando la *Celestina*, sus continuaciones y las obras del género picaresco, donde como en un cuadro de Teniers se ven retratadas al vivo las costumbres de aquella sociedad, lo demás, no solo se conciliaba con la historia, sino que chocaba abiertamente con ella, con la geografía, con los usos de los pueblos y de las épocas, y hasta cierto punto con las ideas comunmente recibidas por la generalidad de los hombres: tal habia sido la influencia de los libros caballerescos sobre el gusto de la muchedumbre. ¿Será que no se habia inventado el arte de mezclar artificiosamente la ficción con la verdad, creando personajes imaginarios, que puestos en contacto ó en contraposición con otros verdaderos animasen la historia con un color de que carecia, y dando una solución natural y satisfac-

toria á hechos extraordinarios, cuyas desconocidas causas solo por medio de hipótesis se podian explicar?

El arte era conocido, pero no habia tomado la forma de novela en prosa. Los romances, cuya antigüedad es notoria, aunque de los primitivos pocos fragmentos se han conservado, suplían esta falta con gran ventaja para un pueblo que, no sabiendo leer, encomendaba á la memoria las desfiguradas proezas de sus adalides, los galanteos de sus señores y los chismes del palacio y del campamento. Entre estos, merecen ser notados, por su caracter singular, los romances moriscos, especialmente los llamados fronterizos con que los castellanos celebraban sus correrías por los confines de las tierras sujetas á los árabes. Calmados despues por la accion del tiempo los odios de raza y de religion, hubieron los españoles de conocer la gran mina de poéticas bellezas que podian explotar en las costumbres de aquel pueblo espléndido y entusiasta, cuyos monumentos tenian á la vista, y de cuya civilizacion recuerdos tan frescos se conservaban. La materia era fecunda é interesante; no faltaba ingenio ni imaginacion, y estos elementos reunidos debían dar algun resultado.

Un tal ANTONIO DE VILLEGAS, de cuya condicion y sucesos no tenemos mas noticia, dió á luz en Medina del Campo, año de 1565, un libro titulado *Inventario de obras en metro castellano*, y entre ellas se leen algunas páginas en prosa de un valor muy subido, que contienen la *Historia del Abencerraje* y la *Hermosa Tarifa*. Remitimos á nuestros lectores á esta lindísima composicion, de que pudiera gloriarse la pluma mas aventajada.

La accion es sencilla, llena de interés y está maravillosamente desenvuelta. El asunto no es, al parecer, una mera ficcion, sino un hecho histórico, por lo menos, como tal nos lo presenta el erudito D. Antonio Conde, quien á manera de apéndice, con el título de *Anécdota curiosa*, la refiere en mas breves palabras al fin de su *Historia de la dominacion de los árabes en España*, y concluye diciendo que esta aventura fué muy celebrada de los buenos caballeros de Granada, y cantada en los versos de los mejores ingenios de entonces. Sobre una escena de la misma, y usando de casi idénticas expresiones,

se hizo un bello romance, que indudablemente es posterior á la novela, y tiene el número 6.º de los Abindarraez en la coleccion de D. Agustin Durán.

Un plan mas vasto se propuso GINÉS PEREZ DE HITA, en la obra tantas veces reimpressa con el título de *Guerras Civiles de Granada*; pero el que lleva la edicion de la primera parte, hecha en Zaragoza en 1595 es: *Historia de los bandos de los Zegries y Abencerrajes; caballeros moros de Granada; las civiles guerras que hubo en la Vega entre moros y cristianos, hasta que el Rey don Fernando V la gano; agora nuevamente sacada de un libro arábigo, cuyo autor de vista fué un moro llamado Aben-Amin, natural de Granada, tratando desde su fundacion*. Ni esta procedencia arábiga es verdadera, ni el libro es una historia; es una pura novela fundada sobre un hecho real, pero estremadamente alterado en todas sus circunstancias.

GINÉS PEREZ DE HITA no alcanzó ni con mucho la época de la dominacion de los moros de Granada; pero vió muy recientes los restos de su poder, y sirvió en clase, al parecer, de simple soldado durante la guerra contra los moriscos del mismo reino, bajo las banderas del marqués de los Velez; y así pudo estudiar las costumbres é ideas, aunque modificadas, por la opresion de los mas inmediatos descendientes de aquellos desventurados guerreros, recoger sus tradiciones y cobrarles aquel interés que en los pechos nobles escita la desgracia del propio enemigo.

A esta última guerra, precedida por el levantamiento de los moriscos, se refiere la segunda parte, que no se publicó hasta el año de 1619, en Barcelona; en ella, por consiguiente, habla el autor como testigo de vista.

Era GINÉS PÉREZ DE HITA vecino de Murcia, y no sabemos si natural de aquella ciudad, aunque mas probable es que lo fuese de la villa de la Mula, perteneciente al mismo reino, donde hizo nacer á Esperanza de Hita, esclava de la reina de Granada y á otros caballeros llamados *Perez de Hita*, que pelearon con los moros de Baza en el cerco de Cuéllar, segun refiere en la primera parte (1), y tanto en esta como en la se-

(1) Cap. 15 y cap. 17.

gunda, encarece siempre que á mano le tiene el extremado valor de aquellos naturales (1): jactancia no sólo disimulable, sino también honrosa, siempre que como en este caso se ajusta con la verdad.

Con la gente levantada en aquel territorio por el marqués de los Vélez debió de militar GINÉS PEREZ DE HITTA, muy al principio del levantamiento formal de los moriscos, siendo testigo de las atrocidades que cometió contra aquellos infelices pueblos la desenfrenada soldadesca, especialmente el escuadrón de Lorca, al cual llama endiablado, condenando enérgicamente unos hechos que presenció sin tomar en ellos parte; antes bien se complace en pintar como con peligro de su vida salvó del degüello á veinte mujeres y recogió del seno de su asesinada madre un niño de pecho, en la horrible carnicería del pueblo de Félix (2). Poco más sabemos de sus propios hechos en aquella guerra, ni de sus posteriores sucesos; solo han inferido algunos que á más de las *Guerras Civiles*, y anteriormente á la segunda parte, había escrito otra obra, pues al fin de la historia de Tuzani nos dice que conoció á éste, *visitando á Madrid á cobrar un privilegio para un libro suyo*.

Las dos partes de las *Guerras Civiles de Granada* deben considerarse como dos obras del todo distintas é independientes; pues tratan de personajes y sucesos separados entre sí por un espacio de más de setenta años. La primera parte puede llamarse una verdadera novela histórica; la segunda es más bien una historia anovelada. En aquélla campea libremente la imaginación, en ésta los sucesos se refieren á manera de crónica ataviada con las galas del lenguaje. Si queremos ver pintados con vivísimos colores los combates singulares, acudamos á la primera parte; pero si preferimos ver descritos con propiedad y movimiento encuentros, escaramuzas, asedios de

(1) Francisco de Melgarejo
De Mula salió alistado,
Fuerte villa del Marqués
Y la mejor del reinado.

(Parte 2.^a, cap. 4.^o)

(2) Parte 2.^a, cap. VIII.

plazas y batallas entre dos ejércitos, en la segunda encontraremos pasajes admirables. Los romances que adornan la relación de las guerras civiles entre Zegríes y Abencerrajes son de lo mejor que en su género se conoce; pero los que se refieren á la lucha entre las tropas de Felipe II y los moriscos sublevados, no pasan de la medianía.

GINÉS PÉREZ DE HITA afecta en sus narraciones la puntualidad del historiador, autorizándolas con testimonios, muchas veces supuestos. De su primera parte dice que fué escrita en arábigo por un moro natural de Granada, llamado Aben-Hamin, quien después de la conquista pasó á Africa y residió en Tremecén; que un nieto suyo muy hábil, por nombre Argutarfa, recogió entre otros este libro y se lo prestó á un judío llamado Saba Santo; que éste por su contento lo tradujo en hebreo y presentó el original arábigo á D. Rodrigo Ponce de León, Conde de Bailén, á cuyo ruego lo vertió igualmente al castellano; y que por merced del mismo Conde lo hubo nuestro Ginés. Si esto fuese cierto, la historia sufriría en sus manos importantes alteraciones, pues no es de suponer en un moro granadino tanta predilección como la obra respira á favor de los cristianos.

La segunda parte, aunque escrita por un testigo de vista, y en general ajustada á los hechos, no debe mirarse como documento histórico sino en aquellas particularidades que callan los que de intento nos transmitieron la relación de aquella sangrienta lucha. GINÉS PÉREZ DE HITA escribía como escribiría un soldado ingenioso las noticias que corren en el campamento, sin tener á la vista los datos oficiales, de que resulta el conjunto de las operaciones militares. Sin embargo, todavía sería consultado como autoridad, si D. Diego Hurtado de Mendoza y Luis de Mármol Carvajal no nos hubiesen dejado sendas historias de los mismos acontecimientos.

Una de las singularidades que más admiramos en GINÉS PÉREZ DE HITA, es que si se toma cualquier pasaje de su obra nos parecerá escrito modernamente por una diestra pluma, después que el lenguaje ha participado del progreso de los conocimientos en materias ideológicas. Parece que adivinó el modo con que habían de hablar los españoles más de dos

siglos después que él. Rara palabra de las que usa se ha anticuado, ningún resabio se advierte en él de la afectación que era de moda en su tiempo; el giro de la frase es el mismo que han adoptado los más aventajados hablantes, desde que la prosa castellana se despojó de los falsos adornos que más la sobrecargaban, que la embellecían. Puro, terso, elegante, fluido, sonoro, nunca cansa al lector, quien al volver atrás para repetir un período, no busca desentrañar un sentido que no comprendió, sino que intenta renovar el placer que ha experimentado al ver tan fielmente trazadas tan magníficas descripciones. Bajo este respecto las *Guerras Civiles de Granada* son un modelo de los más perfectos para el estudio de la lengua y la formación del estilo.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

FIN DE LA PRIMERA PARTE



GINÉS PÉREZ DE HITA

SEGUNDA PARTE

Advertencia preliminar

Al dar á la estampa el poema manuscrito, y hasta ahora inédito, de Ginés Pérez de Hita, intitulado «Libro de la Población y Hazañas de la M. N. y M. L. ciudad de Lorca,» cumplimos con un precepto impuesto por persona de autoridad indiscutible: «Tanto ese manuscrito que posee como el intitulado *Guerra de Troya*, que del mismo autor existe efectivamente en la Biblioteca Nacional de Madrid, dice el excelentísimo Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, sabio Profesor de la Central, deben á mi entender publicarse con todo lo que se pudiera averiguar de la vida del insigne autor de las «Guerras Civiles,» padre de nuestra novela histórica.» El poema de la «Población y Hazañas,» etc., como lo intituló su autor, no merece ciertamente, en nuestro concepto, colocarse entre los buenos, ni aun figurar á la par de los de más mérito de nuestro excelente Parnaso. Escrito al parecer con pretensiones épicas, quédase á poco muy por debajo.

Cuanto el Sr. Martínez de la Rosa hizo observar en su apéndice sobre la poesía épica española al examinar el poema *La*

Araucana, y por lo que se refiere á los defectos, puede aplicarse á este de la «Población y Hazañas etc.,» sin que le favorezcan las excelencias que resaltan en el del famoso Ercilla. Desde la segunda parte de su poema, puede también Pérez de Hita decir con éste:

«Pisada en esta tierra no han pisado
Que no haya por mis piés sido medida,» etc.,

y por las mismas razones, modo de ser y existencia, idénticas á la del eximio escritor, adolece de iguales defectos de apasionamiento, abundancia de disertaciones, uniformidad y monotonía en el argumento, mal traída la batalla de Lepanto (1) que tampoco guarda conexión con el asunto de las grandezas y valor de los lorquinos.

Cuanto, pues, la crítica diga de *La Araucana*, respecto á su parte debil, podrá decirse, y mucho más, á propósito del manuscrito poema, y en cuanto á su forma, desaliño en la versificación y demás, nada hemos de decir al lector que no resalte á primera vista. Tal vez todo ello, volvemos á repetir, se haya derivado bien por las condiciones del entonces novel poeta, ó mejor quizá por la calidad del asunto elegido; pero sin embargo, tiene para nosotros el indisputable mérito de fijar por sí una de las etapas no conocidas en la oscura vida del escritor, ratificarnos en que asistió á las guerras contra los moriscos, como escudero (2) del Marqués de los Velez, D. Luis Fajardo, y finalmente, que el libro intitulado las *Guerras Civiles de Granada*, no fué el único trabajo y la obra única en que Ginés Pérez de Hita entretuvo su ingenio, según presumía discretamente y con el mayor instinto el Sr. Aribau.

Bajo este punto de vista, no deja de ser apreciable y tal

(1) Pérez de Hita, como Ercilla, en el canto XXX de su poema «La Población etc.» trata, como se verá, de la batalla naval de Lepanto, aunque con alguna mayor oportunidad por ocuparse de D. Juan de Austria, y del estado de España por entonces.

(2) Según la opinión autorizada del Sr. Cánovas y Cobefío, Pérez de Hita no sólo sirvió como soldado á las órdenes de D. Luis, sino que fué su escudero.

vez pertinente su publicación, que detuviera hacer el autor, convencido quizás de que este trabajo no le elevaría en alas de la fama, surgiendo entonces en su ánimo darle nueva forma; y encariñado con lo grato é interesante del asunto, produjo primero la primera parte de las *Guerras Civiles* y más tarde la segunda y última. Consideramos, por lo tanto, las dos obras de Ginés Pérez de Hita íntimamente relacionadas, y los eruditos encontrarán tal vez en la que ahora por primera vez se publica nuevos motivos con que decorar la memoria del insigne y peregrino ingenio hijo de Mula, coetáneo en nacimiento y vida del inmortal Cervantes.

Los poco versados en las excelencias de las letras podrán ver algo útil en esta publicación, porque ilustrada con reseñas geográficas é históricas de los sitios y pueblos en donde Pérez de Hita coloca los sucesos, sitios que personalmente hemos recorrido uno por uno, observándolos y estudiándolos; y lúcidos, por ende, los personajes bastante oscurecidos por el trascurso de los tiempos, se pondrán al corriente de muchos hechos históricos, conocerán los lugares donde se sucedieron, así como á personajes que fueron muy celebrados en otros días, que, si no desconocidos hoy por algunos, abrigamos la creencia de que están ignorados por la generalidad.

De todos modos, además del mandato del Sr. Menéndez Pelayo, discúlpanos, no sólo el buen deseo que nos anima, si que también el no pequeño trabajo que nos imponemos, en justa correspondencia del particular afecto que profesamos á Murcia, á cuyo antiguo reino pertenecieron los hombres y hazañas historiadas y cantadas por Pérez de Hita, teniendo por teatro los lugares enclavados en los dilatados estados de los Marqueses de los Vélez y llevadas á cabo por los soldados; amigos y gentes de casa y boca de los famosos Fajardos, siendo además en mí un deber el dar la mayor publicidad á las glorias de los más insignes hijos de la villa de Mula, por ser su hijo adoptivo y cronista.

Abrigamos la sospecha de que el manuscrito que vamos á dar á luz no es copia fiel y exactísima del primitivo, y antes creemos firmemente que, aunque plagado de errores por culpa del cajista, una hábil y entendida mano ha corregido, lus-

trado y aun remozado en aquél la vejez del que manejara el P. Morote, siendo muy sensible su desaparición, por lo que hay que contentarse con el que tenemos.

En cuanto al otro manuscrito de la *Guerra Troyana* que seguirá en publicación á éste de la *Población y Hazañas*, etc., que al empezar nuestros trabajos literarios y de pesquisición sobre el insigne literato hijo de Mula no conocíamos y que nos hizo sospechar su existencia nuestro ilustrado amigo, hijo también de aquella villa, D. Eulogio Saavedra, y la cita que en el *Solitario y su tiempo* hace el Exmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo á la *Guerra Troyana de Hita*, con el que por nuestra solicitud y ruego tropezó el Sr. Menéndez Pelayo, en la Biblioteca Nacional con la signatura Ee, 157, procuraremos con todas nuestras fuerzas que el escritor eximio, y sin disputa el primero en el conocimiento de la materia que le sirve de argumento, le desempolve, ilustre, etc., en pro de las letras y de los que amorosamente las cultivan.

Terminada la guerra de la rebelión de los moriscos de las Alpujarras en el año de 1572, Ginés Perez de Hita, que como soldado habia tomado parte en ella, escribió un libro que desde luego da que pensar si se propusiera imitar al que muy pocos años antes habia compuesto el inmortal D. Alonso de Ercilla y Zúñiga con el título *La Araucana* (1).

Parece confirmar esta opinion el haber nacido Ercilla el 7 de Agosto del año 1533, y haber tomado parte en sus años juveniles en la expedicion contra los bélicos araucanos, escribiendo de noche los sucesos que presenciaba durante el día, como él mismo refiere en su poema; de consiguiente se nota

(1) Imprimió Ercilla la primera parte de su poema solamente, y es seguro antes que Pérez de Hita concibiera la idea de escribir su poema, Ercilla añadió después la segunda, dando ambas á luz en 1578, y habiendo, finalmente, escrito la tercera, publicó las tres en 1590. Por los nacimientos dichosos de Ercilla y de Cervantes es muy fácil seguir por etapas la edad de Pérez de Hita.